

# INSPECCIÓN DE 1.<sup>a</sup> ENSEÑANZA DEL DISTRITO UNIVERSITARIO DE SANTIAGO

## Carta II

### LA PREPARACIÓN DE LAS CLASES

AMIGOS MÍOS:

Durante el tiempo que llevo al frente del cargo, que inmerecidamente desempeño, he tenido ocasión de visitar, varias veces, la mayoría de las escuelas de la provincia, desde la más alta, establecida en la urbe, hasta la más humilde, perdida en las soledades del campo, escondida entre el follaje de los robles y castaños, y lo que más me ha llamado siempre la atención es que aquellas que están dirigidas por maestros sin la debida preparación, que no han estudiado la teoría del arte, se paracen todas entre sí, sin duda porque no hay nada más monótono que la ignorancia. Entre los que no han efectuado su preparación profesional; entre los que no leen, ó que leen muy poco, es donde he observado los mismos malos métodos tradicionales; la misma costumbre de *dejar que aprendan* los niños en vez de *enseñarlos*; el mismo espectáculo de un maestro sentado delante de su mesa, llamando sección por sección, mientras las demás—aparentemente ocupadas en prepararse—siguen haciendo lo que las dicta su inclinación.

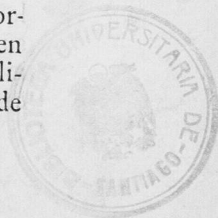
Los métodos más originales; las especulaciones más fructuosas, provienen precisamente de las personas que mejor han estudiado la filosofía de su especialidad científica y conocen mejor lo que han pensado y hecho otros dedicados al mismo ramo. Y, así, en la enseñanza, los métodos más útiles é ingeniosos proceden de aquéllos maestros que más han leído y pensado acerca de la crítica de su arte.

Un maestro de veras no supone nunca que ha terminado la cultura de su espíritu ó su educación profesional, aunque haya hecho brillantemente la carrera, sino que sigue siempre tratando de acrecentar el caudal de sus ideas; de rectificar y consolidar su cultura general y pedagógica; de reflexionar sobre sus experiencias, y de ponerse en condiciones de perfeccionar sus métodos y sus procedimientos, para desempeñar á conciencia su cometido. No debe olvidarse que los estudios hechos en las Escuelas Normales sólo son una iniciación, que á lo sumo sirven para orientarse en las diversas materias sobre que versan, y que el maestro que más cumplidamente haya satisfecho las exigencias de los exámenes, será, antes de

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA DE SANTIAGO



00240929



poco, un mal educador si no renueva y amplía, por un trabajo perseverante, su primer fondo de conocimientos. Desde el instante que un maestro deja de estudiar con sistema, deja también de ser maestro eficaz; no siente con los alumnos; pierde de vista el modo cómo la verdad nueva entra en el espíritu, y se hace incapaz de comprender las dificultades que experimentan los que están recibiendo instrucción por primera vez. Sólo adquiriendo ideas y observando el procedimiento para su adquisición, es cómo se puede ayudar á otros á adquirirlas. Y el hecho, en general, es que se lee y estudia poco, se observa y se medita menos, siendo raros los maestros que haya visto preparen sus lecciones, grave defecto que, asimismo, trasciende á todos los centros docentes, y así anda nuestra enseñanza en sus aplicaciones y en su finalidad.

Es creencia—muy extendida entre vosotros—la de que con llevar alguna ventaja á los alumnos ya es suficiente para salir airosos de la empresa, y en presencia del daño que puede ocasionar semejante teoría pedagógica, me creo en el caso de recordar que, cualesquiera que sean la aptitud, la inteligencia y la experiencia del maestro, la preparación de las clases es necesaria, indispensable, para asegurar la buena marcha de la enseñanza y los progresos de los niños. Nada contribuirá al buen éxito de la misma como la preparación anticipada de la lección que hayáis de dar á vuestros discípulos. Una lección bien preparada se da con claridad y precisión, mientras que una lección improvisada, sobre la que no se ha meditado de antemano, será siempre superficial, vaga y difusa. ¿No habéis advertido que titubeáis, que habláis con poca seguridad cuando dáis una lección sobre un asunto imperfectamente conocido, ó que no habéis preparado especialmente, y que el niño, fijándose para discernir si os explicáis con verdadero conocimiento, de causa ó no, descubre la verdad enseguida, con quebranto de vuestra autoridad y prestigio? Antes de poder comunicar tal ó cual conocimiento, es necesario, no sólo haberlo adquirido, sino haber ido más allá para considerarlo en sus verdaderas relaciones con otros hechos ó verdades; hay que saber donde tuvo su origen y hacia qué otros hechos ó verdades se intenta que conduzca, reflexionando bien lo que se va á enseñar, y reservándose, además, una buena porción de pensamientos é imágenes para poder satisfacer las preguntas inesperadas y resolver las dificultades que se puedan presentar en el curso de la lección.

Los maestros más eminentes,—dice Rendu—hombres tales como Rollin Lhomond y Pestalozzi, consideraban como un deber preparar sus clases. El célebre maestro alemán Overbeg se hubiera creído culpable no haciéndolo. Oigamos el lamento consignado en su *diario* personal: «Esta mañana he dado mi lección sin haberla preparado convenientemente: ayúdame ¡oh mi Dios! para que yo no tenga que dirigirme más este reproche; es una ilusión decirse á sí mismo: está tranquilo, eres dueño del asunto. La falta de preparación acarrea muchas faltas.» ¿Qué maestro se lisonjeará de estar en condiciones de *hacer su clase* con el éxito que Rollin ó Pestalozzi, y de ser más experimentado y más escrupulosamente consagrado á su escuela que Overbeg?..... La *preparación de las clases*: ¡toda una reforma y todo un porvenir! Y sin embargo, ¡qué poca importancia suele concederse á esta preparación!... ¡Con qué naturalidad se llega á la clase con

el espíritu en pleno barbecho!... ¡Con qué desconsoladora frecuencia observo que muchos maestros se ven precisados, por falta de esa preparación, á empeñar el *librico* de texto, cuando les invito á dar una lección ó á disponer un ejercicio, por sencillo y corriente que sea!... La labor escolar, así realizada, es tan grosera, fría é incompleta, que con razón dice un antiguo aforismo pedagógico que, «á tal preparación, tal lección.» Por eso yo me permito someter á vuestra consideración, con el más grande de los encarecimientos, la necesidad de dedicar algún tiempo al estudio y de preparar la labor cotidiana, recomendándoos la práctica de hacer bosquejos de las lecciones. Con esta preparación adquiriréis desembarazo y aplomo; os pondréis en condiciones de estudiar el efecto de la lección en la mente de los niños; no incurriréis en fastidiosas repeticiones, ni omitiréis cosas de importancia; tendréis suficiente dominio sobre vuestros alumnos para hacerles sentir que sois vosotros quienes les guiáis y no ellos á vosotros, y lograréis determinar en qué orden se deben repasar las diferentes partes, cómo han de unirse y qué puntos debe comprender la recapitulación.

Los bosquejos, que no son otra cosa que una *preparación escrita* de la lección—forma preferible á la pensada—hechos en un cuaderno *ad hoc* vienen á suplir lo que se llama el *Diario de la clase*, aunque más completo y más útil que éste que debe ser sencillo y de indicaciones sumarias. Cada preparación de una lección, si ha de tener algún sentido y dar el resultado que con ella se busca, ha de hacerse en vista y con la base de lo hecho en la precedente, á fin de llenar los vacíos que quedaron los días anteriores, rectificar lo que sea preciso y dar á toda la enseñanza el espíritu continuado y metódico que es obligado en la función educativa. Es, pues, este trabajo, un antecedente necesario y un elemento indispensable de orden del cual ningún maestro celoso debe prescindir. Por otra parte, la buena práctica de hacer bosquejos, os será á vosotros mismos en extremo provechosa, puesto que os ejercitará en analizar asuntos de instrucción y en reconstruirlos según los principios de una enseñanza científica; cultivará y disciplinará vuestra mente en alto grado, y tornará en placer la labor de cada día, con ganancia de tiempo y economía de trabajo.

Numerosos, por fin, los periódicos profesionales que se publican en España, pocos, muy pocos, son los verdaderamente pedagógicos. La generalidad, que son los más leídos, llenan sus planas con anuncios de concursos, oposiciones, tribunales, vacantes, ceses, posesiones, modelos de tal ó cual servicio administrativo, y esta información, casi única, exclusiva,—y que en un orden de consideraciones es conveniente y, hasta si se quiere, necesaria ya que viene á suplir deficiencias, que en otra parte debieron subsanarse—es reveladora, sin embargo, de nuestro estado intelectual, de nuestra cultura pedagógica y del desafecto que se siente hacia las cosas más substanciales de la profesión.

Pues bien, esos pocos periódicos pedagógicos que publican trabajos para evitar todo otro personal, dando, al efecto, preparadas las clases, tienen, desde luego, un mérito incontestable y pueden prestar servicios reales á la enseñanza y aún á vosotros mismos, que encontraréis en ellos excelentes consejos, direcciones pedagógicas, alimento para vuestros estudios personales, y materiales entre los cuales podéis hacer una selección

juiciosa é inteligente. Pero si tomáis el periódico como guía absoluta de vuestra enseñanza, sólo obtendréis resultados insignificantes, y vosotros seréis los primeros en alarmaros por los escasos progresos de los alumnos. Cuantos consejos y direcciones puedan daros serán insuficientes si no ponéis algo de vuestra parte, haciendo los necesarios esfuerzos personales para aprovecharse de ellos y añadís vuestras propias reflexiones y experiencias. Si queréis obtener algún éxito en la enseñanza es preciso que la apropiéis al medio en que os encontráis, á la edad, al grado de inteligencia y de instrucción de los alumnos, sin perder de vista las circunstancias locales y las necesidades de éstos presentes y futuras. Las lecciones no pueden, ni deben, ser idénticamente las mismas en una escuela urbana que en una rural, y esos trabajos que se os dan—con ser muy meritorios, repito,—tienen un sello general, que obliga á restringir en tal punto y ampliar en tal otro, y al seguirlos ciegamente, introducís en la enseñanza hábitos mecánicos y una suerte de rutina servil, tan nociva como la que engendra la falta de preparación. Por esto, sin duda, ha dicho Compayré que, «*los pedagogos harían un mal servicio á los maestros preparándoles su labor diaria.*»

Y basta por hoy. Quisiera haber logrado, siquiera en parte, el objeto que se propuso en esta carta, vuestro jefe y compañero,

Julían Rincón Fernández.



La Coruña, Octubre de 1909.